

APRENDIENDO JUNTOS, COMO HERMANOS, A DISCERNIR LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Reflexiones en torno al lema de la Partnerschaft Perú - Friburgo
para los años 2010/2011

+ Javier del Río Alba
Arzobispo de Arequipa

Queridos hermanos y hermanas de las Partnerparroquias de la Región Sur del Perú:

Con alegría les doy la bienvenida a este nuevo encuentro regional de la Partnerschaft. Agradezco a cada uno de ustedes su participación y agradezco también a los organizadores y a la parroquia del Espíritu Santo, de Arequipa, que será la anfitriona. Saludo con afecto a todos y, en particular, a los hermanos venidos de otras jurisdicciones eclesiales. Lamento no poder participar personalmente en el Encuentro, pero motivos eclesiales han hecho que estos días esté fuera de la Arquidiócesis, así que entre ustedes me representará mi Vicario, el P. Javier Cárdenas.

Me han pedido que, a modo de introducción del Encuentro, les exponga algunas reflexiones sobre el lema de la Partnerschaft Perú – Friburgo para los años 2010-2011, es decir para este tiempo que terminará conduciéndonos a la celebración de los 25 años de la Partnerschaft, nuestras Bodas de Plata. Sin duda que el lema elegido para estas circunstancias es del todo apropiado. Después de 25 años caminando juntos, es propicio que en Perú y en Friburgo nos detengamos a meditar un poco sobre el camino recorrido y sobre aquello que Dios, a través de los signos de los tiempos, puede estar pidiéndonos para que nuestra Partnerschaft responda cada vez mejor a sus designios salvíficos.

“Aprendiendo a discernir juntos, como hermanos, los signos de los tiempos”. Este es nuestro lema actual. Podemos decir que en este lema, cada palabra tiene un preciso significado que, además de darnos una tarea, quiere transmitirnos algo del sentido de nuestra Partnerschaft.

1. *El discernimiento requiere un proceso de aprendizaje permanente*

En primer lugar, el término “aprendiendo” quiere decirnos que el discernimiento implica un constante proceso de aprendizaje. En efecto, sería ilusorio decir que a discernir se aprende de una vez para siempre. Ni los mejores métodos nos pueden asegurar que así sea. El discernimiento es una acción sumamente delicada, que implica todo el ser del cristiano, no sólo sus sentidos, su memoria y su inteligencia, sino algo mucho más profundo: su propio espíritu.

Esta conjunción de cuerpo y alma para discernir, a través de los signos de los tiempos, cuál es la voluntad de Dios, lo que le agrada, lo perfecto, no es un acto mecánico que una vez aprendido basta con repetirlo siempre del mismo modo para que funcione. No es así, en absoluto, sino que para que se dé un verdadero discernimiento cristiano hace falta tener una asistencia muy particular del Espíritu Santo. Y para que esta asistencia divina se dé, se requiere un previo proceso de conversión por parte nuestra y de plena disponibilidad a hacer la voluntad de Dios, pues como dicen los Hechos de los Apóstoles: Dios da el Espíritu Santo a los que le obedecen (*Hch 5, 32*).

Para discernir bien, entonces, necesitamos convertirnos, como dice San Pedro a los primeros israelitas a los que anunció el Evangelio: “Conviértanse... y recibirán el Espíritu Santo” (*Hch 2, 38*).

Ahora bien, la conversión, que es el primer paso para el proceso de discernimiento, tampoco se logra de una vez para siempre. La conversión es de cada día. Cada día, decía san Agustín, necesitamos convertirnos de las criaturas al Creador. Porque nuestro corazón tiende a irse cada día detrás de las criaturas y a olvidarse del Creador, necesitamos todos los días volver a enderezar nuestro corazón y ponerlo en Dios. Sin esto no podemos pretender tener discernimiento.

Poner nuestro corazón en las cosas de este mundo, pedirle la vida a los “ídolos” de este mundo (el poder, el tener y el placer) nos limita y puede eliminarnos por completo el discernimiento. Sólo quien tiene puesto su corazón en el Señor y desea hacer únicamente Su voluntad, puede contar con la asistencia necesaria del Espíritu Santo para tener un verdadero discernimiento cristiano. Esto requiere de un constante proceso de

aprendizaje, de una experiencia continua y una práctica cotidiana, al interior de la Iglesia, de la comunidad eclesial.

2. *Discernimiento y comunión eclesial*

Por ello, en nuestro lema de la Partnerschaft se dice, con todo acierto, “juntos, como hermanos”. El proceso de aprendizaje para discernir correctamente los signos de los tiempos es una tarea a realizarse al interior de la comunión eclesial, que nos acompaña y, a través de sus Pastores, nos guía en el proceso de discernimiento.

Uno de los grandes redescubrimientos del Concilio Vaticano II ha sido la autocomprensión de la Iglesia como comunión, a semejanza de la comunión que existe al interior de la Santísima Trinidad. Gracias a la comunión trinitaria, Dios nos envió a su Hijo para que, encarnándose en el seno de la Virgen María, tomara la condición de siervo y diera su vida por nosotros (*Flp* 2, 7-8). A través de su misterio pascual de muerte y resurrección, Jesús paga por nuestros pecados y restablece la comunión entre Dios y los hombres, que se había perdido por el pecado de Adán y Eva.

Desde entonces, y gracias al envío del Espíritu Santo, los cristianos podemos vivir en comunión con Dios y, en esa medida, vivir en comunión unos con otros, con toda la humanidad y con la creación. La Trinidad, pues, es la fuente de nuestra comunión, y al mismo tiempo es nuestra meta, ya que el Espíritu Santo nos impulsa a anhelar cada vez más esa plena comunión con la Trinidad que se consumará al final de los tiempos.

Por el bautismo hemos sido insertados en Cristo y, a través suyo, hemos sido introducidos en el seno de la Trinidad. De aquí se derivan algunas consecuencias que no podemos dejar de mencionar para entender bien nuestro lema Partnerschaft 2010-2011.

En primer lugar, se deriva la filiación divina. Todos los cristianos somos hijos de Dios, hijos de un único Padre que es el Padre de Jesucristo. Y si tenemos un Padre común, entonces todos los cristianos somos hermanos y tenemos la misma dignidad. Entre nosotros no hay división entre esclavos y libres, griegos o judíos, dice san Pablo, sino que todos somos uno en Cristo Jesús. Lo mismo en nuestra Partnerschaft Perú – Friburgo.

Sin pretender desconocer nuestras diferencias culturales, sociales o económicas, los católicos de Friburgo y del Perú estamos llamados a ser “uno”, a vivir en comunión, a descubrir cada día que tenemos una igualdad fundamental, que estamos llamados a vivirla en la diversidad de nuestras tradiciones y costumbres. Esto se llama la “unidad en la diversidad”. La Iglesia en el Perú tiene algunos rasgos que la diferencia de aquella de Friburgo, pero esta diversidad no tiene por qué separarnos ni hacer sentir a unos inferiores que otros, sino que la vivimos en la unidad de la Iglesia universal. Somos hijos de un mismo Padre, tenemos la misma dignidad de cristianos y estamos llamados todos a aspirar a la santidad.

La comunión eclesial encuentra su expresión más visible e inmediata en la Parroquia. Como dijo el Siervo de Dios Juan Pablo II, la Parroquia es, en cierto sentido, “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas” (*Christifideles laici*, 26; cfr. *Sacrosanctum Concilium*, 42). La Parroquia no es principalmente una estructura, un territorio o un edificio, sino que es la “familia de Dios”, una comunidad de personas animada por el Espíritu Santo.

Ahora bien, para que una parroquia sea verdaderamente tal, debe estar insertada y vivir en la comunión de la Iglesia particular, llámese Diócesis o Prelatura, a la que pertenece. La Parroquia no puede ser una isla, vivir aislada, sino que debe participar en la vida de la Iglesia particular, en comunión con las otras parroquias, movimientos y diversas realidades eclesiales que forman la Diócesis o Prelatura.

Del mismo modo, las Iglesias particulares, sean Diócesis o Prelaturas, como concreción de la única Iglesia de Cristo en un lugar y tiempo determinados, deben unir esfuerzos y colaborar para la mejor realización de la misión que le corresponde al Pueblo de Dios que está esparcido por toda la tierra.

En este sentido, la *Partnerschaft* es un medio a través del cual los católicos del Perú y de Friburgo vivimos activamente nuestra pertenencia a una Parroquia, a una Diócesis o Prelatura, pero al mismo tiempo nuestra pertenencia a la Iglesia universal que el Papa preside en la caridad.

Desde esta perspectiva, entonces, podemos ir entendiendo mejor nuestro lema: “juntos como hermanos”; es decir, juntos porque somos hermanos. La *Partnerschaft* es un modo de vivir nuestra fe, nuestro ser

Iglesia. Reducir la Partnerschaft a un mero vínculo de ayuda económica sería pervertir la verdadera naturaleza de nuestro “hermanamiento”. Ver a nuestra partnerparroquia alemana sólo como una fuente de recurso para desarrollar nuestros proyectos pastorales o sociales, sería atentar gravemente contra aquello que Dios inspiró a sus fundadores hace 25 años.

Pero, antes de profundizar en los signos de los tiempos para nuestra Partnerschaft, quisiera que volvámos todavía al Concilio Vaticano II, para destacar otra de las grandes consecuencias de su redescubrimiento de la Iglesia como comunión. Me refiero ahora a la participación de los laicos en la vida y en la misión de la Iglesia.

Sin duda, una de las más grandes consecuencias del Vaticano II ha sido la recuperación del lugar que les corresponde a los laicos en la misión de la Iglesia. Esa misión es, fundamentalmente, la de llevar a los hombres al encuentro con Cristo, único salvador del mundo. Y para ello se necesita mucho discernimiento.

El discernimiento es uno de los servicios que Dios ha encomendado a los Pastores de su Iglesia, a cuya autoridad el mismo Espíritu Santo somete incluso los carismas (Cfr. *1Co* 14). Pero, en ese mismo proceso de discernimiento, los laicos pueden y deben colaborar con sus Pastores, comunicándoles todo aquello que consideren que pueda ser útil para el bien común de la Iglesia.

A ustedes, pues, queridos laicos de las partnerparroquias, les corresponde también participar en el proceso de discernimiento de los signos de los tiempos, para cooperar con los Pastores en la interpretación de lo que el Espíritu de Dios le está diciendo hoy a nuestras Iglesias locales.

3. *Los signos de los tiempos*

La llamada de atención de Jesús a los que no saben discernir los signos de los tiempos nos viene relatada en los evangelios de san Mateo (*Mt* 16, 3) y san Lucas (*Lc* 12, 56). Para comprender bien en qué consiste esta llamada de atención, hay que ver el contexto en el que la colocan los evangelistas. San Mateo la relata en el contexto de una discusión de Jesús con los fariseos y saduceos que, para ponerlo a prueba, piden que Jesús les de una señal del cielo que lo acredite como el Mesías. San Lucas, por su

parte, pone esa llamada de atención dentro de un discurso en el que Jesús nos trasmite algunos aspectos básicos de la vida cristiana, entre ellos la confianza en la Providencia y la radicalidad del Evangelio.

En la versión de Lucas, Jesús concluye con estas palabras: “*¿por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?*” (Lc 12 ,57). Y en la versión de Mateo, Jesús termina diciendo:“*¡generación malvada y adúltera! Una señal pide y no se le dará otra señal que la señal de Jonás*” (Mt 16, 4). Jonás fue aquel que estuvo tres días en el vientre de una ballena y después salió ileso para exhortar a los ninivitas a la conversión. La señal de Jonás fue un anticipo del misterio pascual de Jesús, quien después de morir, al tercer día resucitó y desde entonces, a través de su Iglesia, predica por todo el mundo la conversión para el perdón de los pecados (Lc 24, 46-47).

Así, pues, discernir los signos de los tiempos consiste en ver, desde la clave de interpretación que nos da el misterio pascual de Cristo (su muerte y resurrección), que hay de justo o de injusto en lo que nos rodea, para potenciar lo uno y llamar a la conversión a quienes están esclavos de lo otro.

Esto es muy importante en todos los tiempos de la historia, pero adquiere particular importancia en nuestros días, porque a nosotros nos ha tocado vivir un cambio de época que está marcado por un creciente proceso a través del cual se pretende crear una nueva cultura y una nueva ética, cuyos contenidos no son evidentes por sí mismos pero en muchos casos son abiertamente contrarios a la cultura católica que forma parte de nuestra identidad nacional y regional.

Esta nueva cultura se va introduciendo mediante los medios de comunicación social, especialmente ciertos programas de televisión, y las nuevas tecnologías (Internet, Facebook, etc.) y va captando cada vez más adeptos. El peligro de que muchos católicos no suficientemente bien formados en la fe se alineen a esta nueva cultura y su nueva ética es tan real en el Perú como en Alemania, debido a los efectos de la globalización.

Por otra parte, sin embargo, los cristianos sabemos que Dios dirige de modo providencial la historia y que también nos habla a través de aquellos acontecimientos que humanamente se nos presentan como adversos. Por ello, en los inicios del tercer milenio, los cristianos estamos

llamados a discernir los signos de la acción del Espíritu Santo en la nueva cultura y a evangelizarla, ofreciendo así una alternativa a tantos hombres y mujeres, niños y jóvenes, que se encuentran confundidos con los planteamientos de la post modernidad. Para ello es fundamental que fortalezcamos nuestra identidad cristiana y que asumamos con entera responsabilidad la tarea que a todos nos toca en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Los católicos no podemos permanecer indiferentes, por ejemplo, ante las constantes iniciativas de legalizar el aborto en cualquiera de sus formas o de institucionalizar las uniones entre homosexuales o de hacer creer a nuestros adolescentes que es un derecho suyo tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Tampoco podemos estar de acuerdo en que se defina el desarrollo de los pueblos sólo en base a indicadores económicos, como si el hombre fuera únicamente materia; como tampoco nos puede parecer bien que se destruya de modo acelerado la naturaleza sólo para que ciertos grupos económicos acumulen más riquezas a costa de hacer enorme daño a muchas poblaciones.

Pero no basta con que nos oponamos a estas iniciativas. No es suficiente estar en desacuerdo y decir que hacer eso está mal. La civilización mundial está llamada a ser la civilización del amor y nosotros, los cristianos, tenemos la responsabilidad de construirla, empezando en nuestros propios hogares, entre nuestros vecinos, en nuestros lugares de trabajo y en la sociedad.

Con esa finalidad Dios suscitó el Concilio Vaticano II e hizo posible que la Iglesia redescubra el valor de la comunión y la importancia de que los laicos participen más activamente en la vida y en la misión de la Iglesia. La Partnerschaft es un fruto del Concilio Vaticano II y, al cumplirse los primeros 25 años de nuestro hermanamiento, debemos preguntarnos qué quiere Dios de nosotros en las actuales circunstancias.

En la carta que en el mes de octubre de 2006, con motivo de los 20 años de la Partnerschaft, el Consejo Nacional dirigió a las partnerparroquias del Perú, se transcribió una lista de los logros conseguidos hasta entonces, que fundamentalmente eran los siguientes:

- 1) Mejor organización a nivel parroquial, diocesano, regional y nacional.
- 2) Elaboración y difusión de los “lineamientos de la Partnerschaft”.

- 3) Reuniones y encuentros a nivel diocesano y regional.
- 4) Celebración del Día de Oración de la Partnerschaft.
- 5) Visitas de intercambio entre Friburgo y Perú.
- 6) Mayor comunicación entre las Partnerparroquias.
- 7) Presencia, acompañamiento y animación del equipo de la oficina de la Partnerschaft en Lima.
- 8) Mayor acompañamiento de los párrocos y obispos a los equipos de la Partnerschaft.

Al mismo tiempo, en esa carta el Consejo Nacional nos transmitió algunas preocupaciones o tareas:

- 1) Necesidad de profundizar más la espiritualidad de la Partnerschaft.
- 2) Urgencia de invertir más esfuerzos en la formación y difusión de la Partnerschaft.
- 3) Mejorar la comunicación a todo nivel.
- 4) Mayor transparencia en las ayudas solidarias.
- 5) Mayor apertura a los jóvenes y a la Iglesia universal.

Sería útil que, después de cinco años de esa carta, nos preguntemos en qué medida hemos continuado fortaleciendo los logros y realizando las tareas que nos confió nuestro Consejo Nacional. Sería útil también que hagamos una evaluación sobre el modo en que estamos aplicando los “lineamientos de la Partnerschaft” que fueron aprobados el año 2002, en las cuatro dimensiones de espiritualidad, comunicación, solidaridad y organización.

En la dimensión de la espiritualidad, por ejemplo, podríamos evaluar si el Curso de Espiritualidad de la Partnerschaft, cuyo material fue elaborado el año 2007, ha sido dictado a todos los equipos de nuestras partnerparroquias y qué frutos ha dado. En las demás dimensiones podríamos hacer evaluaciones similares, partiendo tal vez de la “Encuesta Partnerschaft” del año 2008, para ver si hemos mejorado en cada una de ellas y si hemos aplicado las acciones que nos fueron encomendadas como conclusión de ese documento.

Pero, sobre todo, al cumplirse nuestros 25 años de existencia, creo que debemos preguntarnos en qué medida la Partnerschaft Perú – Friburgo ha sido útil para vivir de un modo propio la comunión entre nuestras Iglesias locales y para que en cada una de ellas se pueda desarrollar mejor

la Nueva Evangelización, capaz de dar respuesta a las inquietudes y aflicciones del hombre de hoy que se ve asediado por esa nueva cultura anticatólica a la que antes me he referido.

Finalmente, no podemos olvidarnos que como escribió a toda la Iglesia el Siervo de Dios Juan Pablo II en su carta “*Novo Millennio Ineunte*”, si queremos estar a la altura de los tiempos, es preciso que recomencemos desde Cristo y que recuperemos la primacía de la gracia, dándole el tiempo y espacio adecuado a la oración, pues sólo en base a esos fundamentos podemos hacer de nuestra partnerparroquias verdaderas “casas y escuelas de comunión” capaces de formar discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida eterna.

Les deseo a todos que en este tiempo que nos queda para celebrar las Bodas de Plata de la Partnerschaft Perú – Friburgo, podamos hacer un sincero examen de conciencia que, propiciando en nosotros la conversión, nos capacite para discernir los signos de los tiempos para que podamos cumplir mejor la voluntad de Dios en cada una de nuestras partnerparroquias.